

modo á ser gobernada progresivamente por jefes de negociado y de hacienda. Cuanto más se estudia la historia de las revoluciones, más se comprueba que lo único que transforman son los exteriores. Hacer revoluciones es fácil; modificar el alma de un pueblo es muy difícil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MAYO 1952 MONTREY, MEXICO

CAPÍTULO IV

Papel del pueblo en las revoluciones.

§ 1.—ESTABILIDAD Y MALEABILIDAD DEL ALMA NACIONAL.

El conocimiento de un pueblo en un momento dado de su historia implica el de su medio, y, sobre todo, el de su pasado. Se puede negar teóricamente ese pasado, como hicieron los hombres de la Revolución y muchos políticos del presente, pero la acción sigue siendo indestructible.

En el pasado, edificado por lentas acumulaciones seculares, se forma el agregado de pensamientos, sentimientos, tradiciones, prejuicios mismos, que constituyen el alma nacional poseedora de la fuerza de una raza. Sin ella, no hay progresos posibles. Cada nueva generación necesitaría volver á empezar.

El agregado que compone el alma de un pueblo no es sólido sino á condición de poseer cierta rigidez, pero esta rigidez no debe traspasar el límite donde la maleabilidad sería imposible.

Sin rigidez, el alma ancestral nunca tendría firmeza alguna, y sin maleabilidad, no podría adaptarse á los cambios del medio resultantes de los progresos de la civilización.

El exceso de maleabilidad del alma nacional impele á un pueblo á interesantes revoluciones. El exceso de rigidez le conduce á la decadencia. Las especies vivientes, como las razas humanas, desaparecen cuando, demasiado estabilizadas por un largo pasado, han llegado á ser incapaces de adaptación á nuevas condiciones de existencia.

Pocos pueblos han sabido hallar un justo equilibrio entre aquellas dos cualidades contrarias, estabilidad y maleabilidad. Los romanos en la antigüedad, los ingleses en los tiempos modernos, pueden citarse entre quienes la han alcanzado mejor.

Los pueblos cuya alma está demasiado estabilizada, generalmente hacen las revoluciones más violentas. No habiendo sabido evolucionar progresivamente y adaptarse á los cambios del medio, se ven obligados á hacerlo violentamente cuando esta adaptación es indispensable.

La estabilidad no se adquiere sino muy despacio. La historia de una raza es principalmente el relato de sus grandes esfuerzos para estabilizar su alma. Hasta tanto que no lo haya logrado, formará un polvo de bárbaros sin cohesión y sin fuerza. Después de las invasiones de fines del Imperio romano, Francia empleó varios siglos para constituirse un alma nacional.

Acabó al fin por poseerla, pero en el curso de los siglos, llegó á ser demasiado rígida. Con un poco más de maleabilidad, la antigua monarquía se hubiera ido transformando lentamente, como lo hizo en otros tiempos, y hubiéramos evitado, con la revolución y sus consecuencias, la penosa carga de rehacernos el alma nacional.

Las precedentes consideraciones muestran el papel de las razas en la génesis de las agitaciones y

explican por qué la misma revolución produce efectos tan diferentes de un pueblo á otro; ¿por qué, por ejemplo, las ideas de la Revolución francesa, acogidas con tanto entusiasmo en ciertos pueblos, fueron rechazadas por otros?

Sin duda, Inglaterra, país, sin embargo, muy estable, ha sufrido dos revoluciones y ha hecho perecer á un rey, pero el molde de su armazón mental era á la vez bastante estable para conservar las adquisiciones del pasado, y bastante maleable para modificarlas solamente en los límites necesarios. Jamás soñó, como los hombres de nuestra Revolución, en destruir la herencia ancestral con el fin de rehacer una sociedad nueva en nombre de la razón.

«Mientras que el francés, escribe A. Sorel, despreciaba su gobierno, detestaba su clero, odiaba á su nobleza y se rebelaba contra sus leyes, el inglés estaba orgulloso de su religión, de su constitución, de su aristocracia, de su Cámara de los Lores. Era como tantas torres de aquella formidable Bastilla donde se atrincheraba bajo el estandarte británico para juzgar la Europa y abrumarla con su desdén. Admitía que en el interior de la plaza se disputase el mando, pero el extranjero no debía acercarse.»

El papel desempeñado por la raza en el destino de los pueblos, aparece con toda claridad en la historia de las perpetuas revoluciones de las repúblicas españolas de América. Compuestas de mestizos, es decir, de individuos en quienes herencias diferentes han destruído los caracteres ancestrales, estas poblaciones no tienen alma nacional, y por consiguiente, ninguna estabilidad. Un pueblo de mestizos es siempre ingobernable.

Si se quieren precisar todavía más las semejanzas que crea la raza entre las capacidades políticas de los pueblos, preciso es estudiar la misma

nación gobernada sucesivamente por dos razas diferentes.

El hecho no es raro en la historia. Se ha manifestado recientemente de sorprendente manera en Cuba, bajo la dominación española; conocido es el grado de prosperidad que alcanzó esta isla en pocos años al caer en manos de los Estados Unidos.

El mismo caso se repitió en Filipinas, gobernadas durante siglos por la monarquía española. El país no era sino un vasto aguazal, foco de epidemias de todas clases, donde vegetaba una mísera población sin comercio ni industria. Después de algunos años de dominación americana, el país fué por completo transformado; el paludismo, la fiebre amarilla, la peste y el cólera, habían desaparecido. Habían sido desecados los pantanos, y el territorio hallábase cubierto de ferrocarriles, de fábricas y escuelas. En trece años había disminuído la mortalidad en dos tercios.

Tales casos hay que recordar á los teóricos que no se han apoderado todavía de lo que de profundo la palabra raza contiene, y de hasta qué punto el alma de un pueblo rige su destino.

§ 2.—CÓMO COMPRENDE EL PUEBLO LAS REVOLUCIONES.

El papel del pueblo ha sido el mismo en todas las revoluciones. Nunca es él quien las concibe ni las dirige. Su acción está desarrollada por los agitadores.

Sólo cuando sus intereses directos son lesionados, como recientemente en Champagne, se ve el levantamiento espontáneo de fracciones del pue-

blo. Un movimiento localizado de este modo constituye un simple motín.

La revolución es fácil cuando los agitadores son muy influyentes. Portugal y el Brasil nos han dado recientes pruebas. Pero las ideas nuevas penetran en el pueblo con extremada lentitud. Acepta generalmente una revolución sin saber por qué, y cuando por casualidad llega á comprender ese por qué, la revolución hace largo tiempo que ha terminado.

El pueblo hace una revolución porque le impulsan á que la haga; pero, sin comprender gran cosa las ideas de sus agitadores, las interpreta á su manera, y esta manera no es por ningún concepto la de los verdaderos autores del movimiento. La Revolución francesa constituye un caso excelente.

La Revolución de 1789 tenía por fin real substituir al poder de la nobleza el de la burguesía, es decir, reemplazar una clase antigua, incapaz, por una clase nueva poseedora de capacidades.

El pueblo no tenía gran parte en esta primera fase de la Revolución. Su soberanía había sido proclamada, pero no se traducía más que por el derecho de elegir á sus representantes.

Muy inculto, no esperando como la burguesía subir en la escala social, no sintiéndose ni por mucho igual á los nobles y no aspirando á serlo, el pueblo tenía miras é intereses muy diferentes á los de las clases elevadas de la sociedad.

Las luchas de la Asamblea con el poder real hicieron intervenir al pueblo en estas luchas. Intervino cada vez más, y la Revolución burguesa llegó á convertirse rápidamente en Revolución popular.

Sin fuerza una idea y no obrando sino á condición de tener un substratum afectivo y místico por sostén, las ideas teóricas de la burguesía debían,

para influir sobre el pueblo, transformarse en una nueva fe bien clara, derivando de evidentes intereses prácticos.

Esta transformación se operó rápidamente cuando el pueblo oyó á los hombres considerados por él como el gobierno, que le aseguraban que era el igual de sus antiguos maestros. Se consideró entonces como una víctima, y comenzó á entregarse al pillaje, al incendio, al asesinato, creyendo ejercer un derecho.

La gran fuerza de los principios revolucionarios fué dar en seguida curso libre á los instintos de barbarie primitiva refrenados por las acciones inhibitorias seculares del medio, de la tradición y de las leyes.

Todos los frenos sociales que en tiempos contenían la multitud, debilitándose de día en día, dieron á aquélla la noción de un poder ilimitado y el gozo de ver derrotados y despojados á sus antiguos maestros. Llegado á ser el pueblo soberano, ¿no podía permitírsele todo?

La divisa Libertad, Igualdad y Fraternidad, verdadera manifestación de fe y de esperanza en los comienzos de la Revolución, no sirvió luego sino para cubrir con una justificación legal los sentimientos de concupiscencia, envidia y odio de las superioridades, verdaderos motores de las multitudes que ninguna disciplina puede ya refrenar. Esta es la razón de que en tan poco tiempo se llegue á los desórdenes, á las violencias y á la anarquía.

Á partir del momento en que la Revolución descendió de la burguesía á las clases populares, dejó de ser un dominio de lo racional sobre lo instintivo, y se convirtió, por el contrario, en el esfuerzo de lo instintivo para dominar lo racional.

Este triunfo legal de los instintos atávicos era dudoso. Todo el esfuerzo de las sociedades—esfuerzo indispensable para permitirles subsistir—fué constantemente el de refrenar, gracias á la potencia de las tradiciones, de las costumbres y de los códigos, ciertos instintos naturales legados al hombre por su animalidad primitiva. Es posible dominarlos—y un pueblo es tanto más civilizado cuanto más los domina;—pero no es posible destruirlos. La influencia de varios excitantes los hace reaparecer fácilmente; por esto la liberación de las pasiones populares es tan peligrosa. El torrente, al desbordarse, no se encauza sin antes haber sembrado la devastación: «desgraciado el que remueve el fondo de una nación—decía Rivarol—desde los comienzos de la Revolución. No hay siglos luminosos para el populacho.»

§ 3.—SUPUESTO PAPEL DEL PUEBLO DURANTE LAS REVOLUCIONES.

Las leyes de la psicología de las multitudes muestran que el pueblo no obra jamás sin agitadores, y que si toma una parte considerable en las revoluciones siguiendo y exagerando los impulsos recibidos, nunca dirige los movimientos que ejecuta.

En todas las revoluciones políticas se descubre la acción de los agitadores. No crean las ideas que sirven de apoyo á las revoluciones, pero las utilizan como medios de acción. Ideas, agitadores, ejércitos y multitudes, constituyen cuatro elementos que tienen cada cual su papel en todas las revoluciones.

La multitud, sublevada por los agitadores, obra sobre todo por medio de su masa. Su acción es comparable á la del obús al perforar una coraza bajo la acción de una fuerza que no ha creado. Pocas veces comprende la multitud algo de las revoluciones hechas con su concurso. Sigue dócilmente á los agitadores, sin preocuparse en adivinar lo que pretenden. Destronó á Carlos X por sus Ordenanzas, sin tener idea de su contenido, y más tarde, de seguro, hubiérase visto en grave aprieto de preguntarle por qué había desposeído de su reinado á Luis Felipe.

Ilusionados por las apariencias, muchos autores, desde Michelet á M. Aulard, han creído que fué el pueblo el que hizo nuestra gran Revolución.

«El actor principal, dice Michelet, es el pueblo.»

«Es un error decir, escribe por su parte M. Aulard, que la Revolución francesa ha sido hecha por algunos individuos distinguidos, por algunos héroes... Creo que de todo el relato del periodo comprendido entre 1789 y 1799, resulta que ningún individuo trajo los acontecimientos: ni Luis XVI, ni Mirabeau, ni Dantón, ni Robespierre. ¿Será preciso decir que es el pueblo francés el verdadero héroe de la Revolución francesa? Sí, á condición de ser el pueblo francés no en el estado de multitud, sino en estado de grupos organizados.»

En una reciente obra, M. A. Cochin encarece todavía esta concepción de la acción popular:

«Y he aquí lo maravilloso: Michelet está en lo cierto. Á medida que mejor se conocen los hechos, parecen consagrar la ficción; esta multitud sin jefes y sin leyes, imagen misma del caos, gobierna y manda, habla y obra durante cinco años, con una precisión, una continuidad y un conjunto maravillosos. La anarquía da lecciones de disciplina al partido de orden ya en derrota... 25 millones de hombres, sobre 30.000 leguas cuadradas, obran como uno solo.»

Sin duda que si esta simultaneidad de conducta en el pueblo hubiese sido espontánea, como supone el autor, constituiría una maravilla.

El mismo M. Aulard se da exacta cuenta de la imparcialidad de un tal fenómeno, porque se cuida, al hablar del pueblo, de decir que nos hallamos frente á los agrupamientos, y que esos agrupamientos pueden haber sido dirigidos por los agitadores.

«¿Quién cimentó á continuación el alma nacional? ¿Quién salvó la nación, atacada por el rey y arruinada por la guerra civil? ¿Fué Dantón? ¿Fué Robespierre? ¿Fué Carnot? Ciertamente que estos individuos fueron útiles; pero, realmente, la unidad fué mantenida y la independencia asegurada por el grupo de franceses en comunidades y en sociedades particulares. La organización municipal y jacobina fué lo que hizo retroceder á Europa, coaligada contra Francia. Sin embargo, en cada grupo, considerados de cerca, hay dos ó tres individuos más capaces, quienes, agitadores ó agitados, ejecutan las decisiones, tienen cierto aire de jefes, y así pueden ser llamados, bien que (si leemos, por ejemplo, las actas de las sociedades populares) se nos presentan como sacando su fuerza más bien de su grupo que de ellos mismos.»

El error de M. Aulard está en creer esos grupos como surgiendo «de un movimiento espontáneo de fraternidad y razón». Nada fué espontáneo en aquel movimiento. Se encontraba Francia á la sazón cubierta de millares de pequeños clubs, que sentían un impulso único del gran club jacobino de París y le obedecían con una perfecta docilidad. He aquí lo que enseña la realidad, pero lo que las ilusiones jacobinas no permiten aceptar (1).

(1) En los manuales de historia que M. Aulard redacta para las clases, en colaboración con M. Debidour, el papel atribuido á la entidad pueblo está todavía mejor marcado. Puede apreciarse cómo interviene espontáneamente y sin cesar; he aquí algunos ejemplos:

Jornada del 20 de Junio. «El rey despidió á los miembros Girondinos.

§ 4.—LA ENTIDAD PUEBLO Y SUS ELEMENTOS
CONSTITUTIVOS.

A fin de responder á ciertas concepciones teóricas, el pueblo ha sido erigido en una entidad mística dotada de todos los poderes y de todas las virtudes, objeto al propio tiempo de los halagos y elogios incesantes de los políticos. Vamos á ver lo que hay que pensar de esta concepción, estudiando el papel del pueblo en nuestra revolución.

Para los jacobinos de aquella época, como para los de nuestros días, la entidad pueblo constituye una personalidad superior poseyendo el atributo, especial de las divinidades, de no tener que dar cuenta de sus actos y de no equivocarse jamás. Es preciso inclinarse humildemente ante sus voluntades. El pueblo puede matar, entregarse al pillaje, incendiar, cometer las más horribles crueldades, elevar hoy sobre el pavés un héroe, y arrojarlo mañana á un oscuro rincón; no importa. Los políticos no cesarían de elogiar sus virtudes, su elevada sabiduría, y de postrarse ante cada una de sus decisiones (1).

El pueblo de París, indignado, se alzó espontáneamente é invadió las Tullerías.»

Jornada del 10 de Agosto. «La Asamblea legislativa no se atrevió á destronarlo; el pueblo de París, auxiliado por los federados de los departamentos, hizo, á costa de su sangre, esta revolución necesaria.»

Lucha de los Girondinos y Montañeses. «Aquellas discordias eran enfadosas en presencia del enemigo. El pueblo puso fin á ellas en las jornadas del 31 de Mayo y 2 de Junio de 1793, forzando á la Convención á expulsar de su seno y á decretar la detención de los jefes de los Girondinos.»

(1) Esta pretensión comienza á parecer insostenible á los republicanos más avanzados:

«La manía de los socialistas—escribe M. Clemenceau,—es dotar de

¿En qué consiste esta entidad, fetiche místico reverenciado por los republicanos desde hace un siglo?

Puede descomponerse en dos categorías distintas. La primera comprende los campesinos, comerciantes y trabajadores de todas clases, que necesitan tranquilidad y orden para ejercer su oficio. Este pueblo forma la mayoría, pero una mayoría que jamás hizo las revoluciones. Viviendo en el silencio y el trabajo, es ignorado de los historiadores.

La segunda categoría, que desempeña un papel capital en todas las conmociones nacionales, se compone de un residuo social subversivo dominado por una mentalidad criminal. Degenerados del alcoholismo y miseria, ladrones, mendigos, desvalidos, obreros mediocres sin trabajo, constituyen el bloque peligroso de los ejércitos insurrectos.

El miedo al castigo impide á muchos de entre ellos el ser criminales en tiempo ordinario, pero llegan á serlo desde el momento que pueden ejercer sin peligro sus malos instintos.

Á esta turba siniestra se deben los asesinatos que ensangrentaron todas las revoluciones.

Guiada por los agitadores, invade sin cesar nuestras grandes asambleas revolucionarias. Aquellos batallones del desorden no tenían otro ideal que asesinar, entregarse al pillaje, incendiar. Su indiferencia por las teorías y los principios era completa.

todas las virtudes, como de una razón superior á la multitud, en la que la razón no es precisamente siempre eminente.» El célebre estadista hubiera sido tal vez más exacto diciendo que en la multitud no sólo no es eminente la razón, sino que casi nunca existe.

A los elementos reclutados en las clases más bajas del pueblo, vienen á unirse, por vía de contagio, una multitud de ociosos, de indiferentes, arrastrados por el movimiento. Vociferan porque se vocifera, se insurreccionan porque se insurreccionan, sin tener la más vaga idea del motivo por qué vociferan ó se insurreccionan. La sugestión del medio les domina por entero y les impulsa á obrar.

Esas multitudes ruidosas y malhechoras, núcleo de todas las insurrecciones desde la antigüedad hasta nuestros días, son las únicas que conocen los retóricos. Constituyen para ellos el pueblo soberano. De hecho, ese pueblo soberano está sobre todo compuesto de la base populacho, de la que Thiers decía:

«Desde aquellos tiempos en que Tácito le vió aplaudir los crímenes de los emperadores, el vil populacho no ha cambiado. Esos bárbaros que pululan en el fondo de las sociedades, están siempre dispuestos á mancillarlas con todos los crímenes, en demanda de todos los poderes, y para deshonor de todas las causas...»

En ninguna época de la historia actuó con tanta duración el papel de los elementos inferiores de la población como durante nuestra Revolución.

Los asesinatos comenzaron desde que la bestia popular se halló suelta; es decir, á partir de 1789, bastante antes de la Convención. Fueron ejecutados con todos los refinamientos posibles de crueldad. Durante las matanzas de Septiembre, los prisioneros eran desmenuzados á sablazos para prolongar su suplicio y divertir á los espectadores, que experimentaban un gran placer ante las convulsiones de las víctimas y sus gritos de dolor.

Análogas escenas se observaron por toda Francia aun en los primeros días de la Revolución,

cuando la guerra extranjera ni pretexto alguno podían excusarlas.

De Marzo á Septiembre, una serie de incendios, de asesinatos y pillajes ensangrentaron á Francia entera. Taine cita 120 casos. Rouen, Lyon, Estrasburgo, etc., caen en poder del populacho.

El alcalde de Troyes, vacíos los ojos á tizeretazos, es asesinado después de dos horas de suplicio. El coronel de dragones, Belzunce, es despedazado vivo. En muchos sitios arrancan el corazón de las víctimas para pasearlo por la ciudad clavado en una pica.

Así se conduce el pueblo bajo en cuanto unas manos imprudentes han roto el círculo de constricciones que refrenaban sus instintos de ancestral salvajismo. Halla todas las indulgencias, porque los políticos tienen interés en halagarle. Pero su pongamos por un instante condensados en uno solo á los millares de seres que lo constituyen. La personalidad formada así aparecerá como un monstruo cruel que sobrepuja en horror á los más sanguinarios tiranos.

Este pueblo impulsivo y feroz ha sido dominado siempre fácilmente desde el momento que se ha alzado ante él un poder fuerte. Si su violencia no tiene límites, tampoco los tiene su servilismo. Todos los despotismos lo han tenido por servidor. Los Césares están seguros de verse aclamados por él, ya se llamen Calígula, Nerón, Marat, Robespierre ó Boulanger.

Al lado de estas hordas destructivas, cuyo papel es importantísimo en las revoluciones, figura, como ya queda indicado más arriba, la masa del verdadero pueblo, que no desea sino trabajar. Se beneficia algunas veces de las revoluciones, pero no pien-

sa en hacerlas. Los revolucionarios teóricos lo conocen poco y desconfían, presentando su fondo tradicional y conservador. Núcleo resistente de un país, hace su continuidad y su fuerza. Muy dócil por miedo, arrastrado fácilmente por los agitadores, se dejará conducir momentáneamente, bajo su influencia, á todos los excesos; pero el peso ancestral de la raza recobrará pronto el alza, razón por la que pronto se cansa de las revoluciones. Su alma tradicional incítale rápidamente á alzarse contra la anarquía, cuando ésta ha crecido demasiado. Busca entonces un jefe que restaure el orden.

Ese pueblo, resignado y tranquilo, no tiene evidentemente concepciones políticas muy altas ni complicadas. Su ideal de gobierno, siempre sencillo, se acerca mucho á la dictadura. Esta es la razón por que esta forma de gobierno sigue invariablemente á la anarquía. Siguió después de la primera Revolución, cuando fué aclamado Bonaparte; siguió todavía después de la segunda, cuando á pesar de todas las oposiciones, cuatro plebiscitos sucesivos elevaron á Luis Napoleón á la república, ratificaron su golpe de Estado, restablecieron el imperio, y en 1870, antes de la guerra, aprobaron su régimen.

Sin duda en aquellas últimas circunstancias se engañó el pueblo. Pero sin las revoluciones que habían engendrado el desorden, no hubiera buscado los medios de salir.

Los hechos recordados en este capítulo no deben ser olvidados, si se quiere comprender con claridad la significación diversa de los pueblos durante las revoluciones. Su acción es considerable, pero muy diferente á la imaginada por las leyendas, cuya repetición constituye solamente su fuerza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES" 4
Ed. 1623 MONTERREY, MEXICO

LIBRO SEGUNDO

FORMAS DE MENTALIDAD PREDOMINANTES
EN LAS REVOLUCIONES

CAPÍTULO PRIMERO

**Variaciones individuales del carácter durante
las revoluciones.**

§ 1.—LAS TRANSFORMACIONES DE LA PERSONALIDAD.

En otro lugar he insistido tenazmente sobre una teoría de los caracteres, sin la cual es realmente imposible comprender las transformaciones de la conducta en ciertos momentos, sobre todo en las épocas revolucionarias. He aquí los puntos principales.

Cada individuo posee, aparte de su mentalidad habitual, casi constante cuando el medio no cambia, posibilidades variadas de carácter, que surgen por gracia de los acontecimientos.

Los seres que nos rodean son seres de ciertas circunstancias, pero no de todas. Nuestro yo está constituido por la asociación de innumerables yo celulares, residuo de personalidades ancestrales. Por su combinación establecen equilibrios bastante cons-